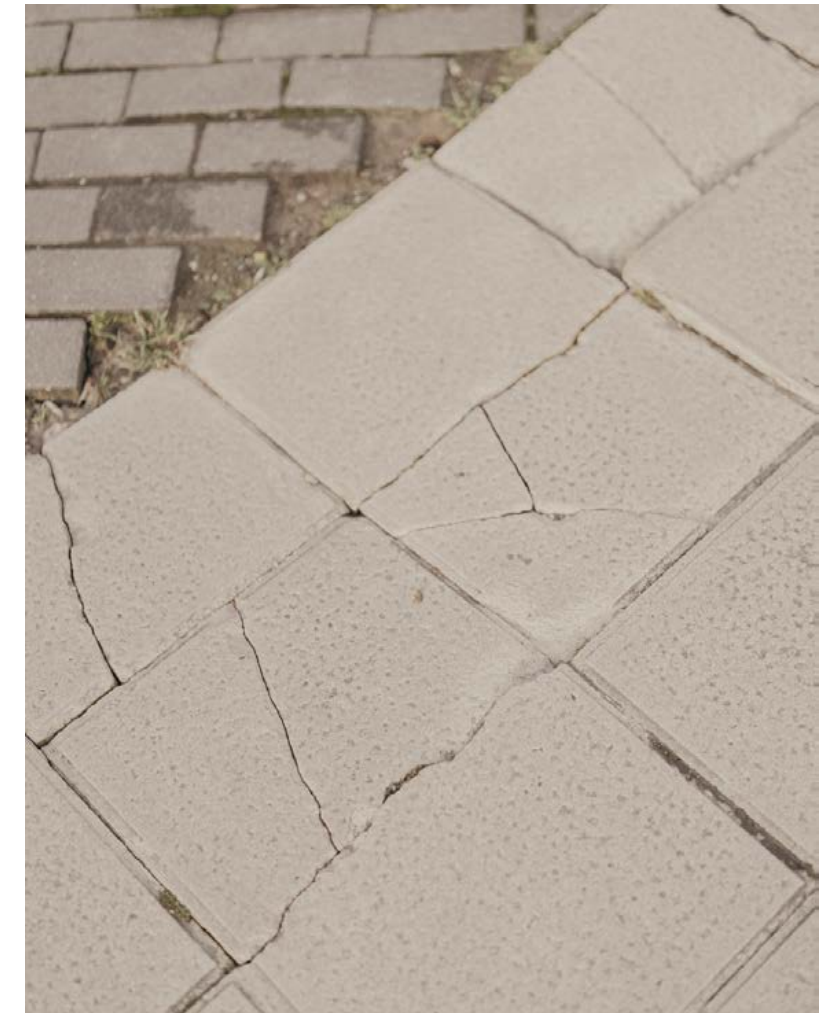
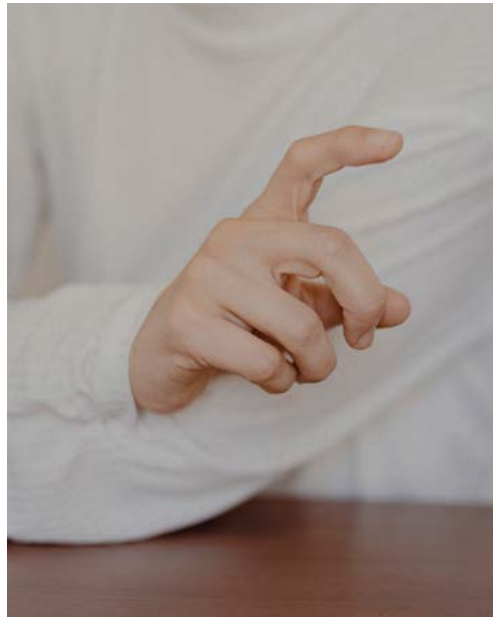
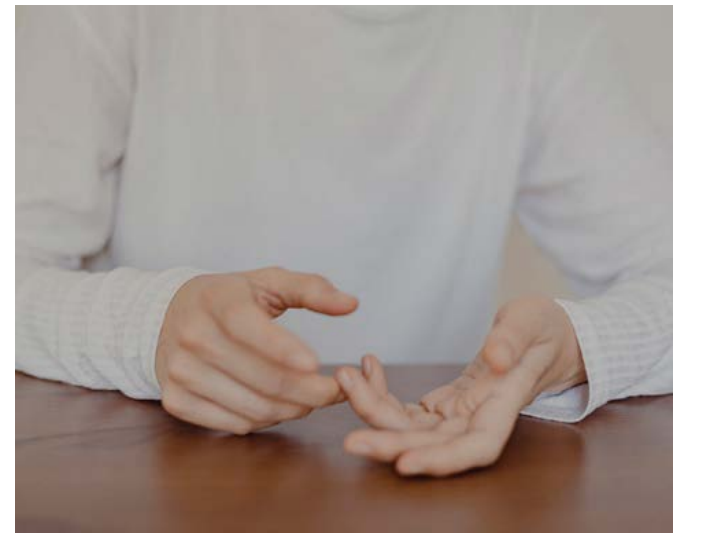
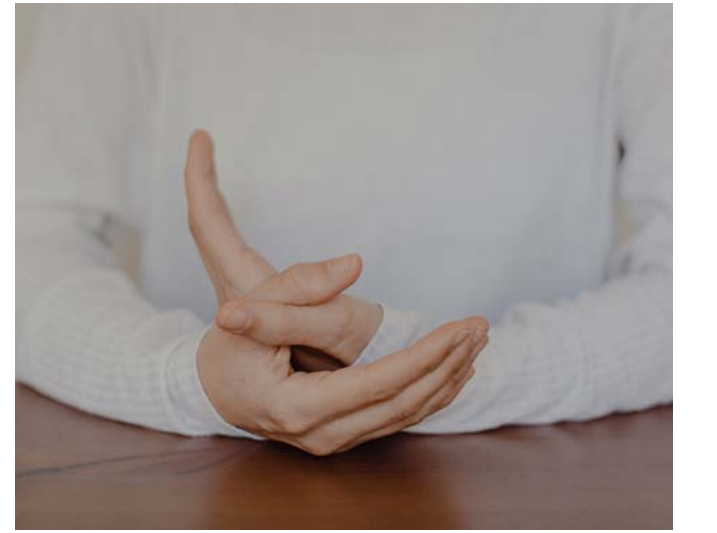
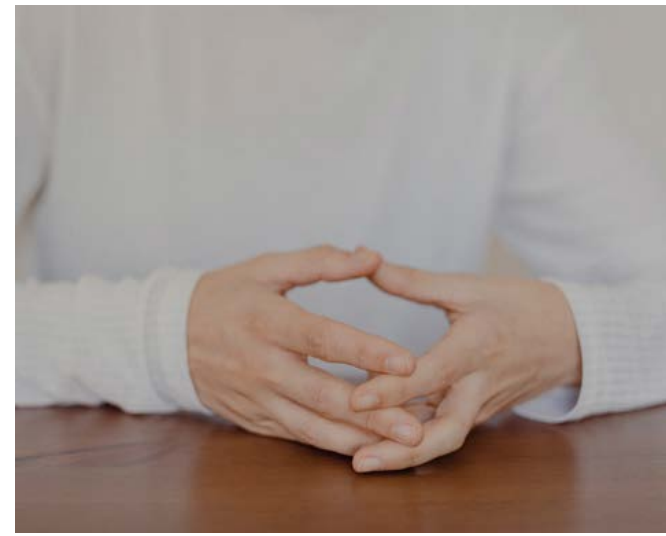
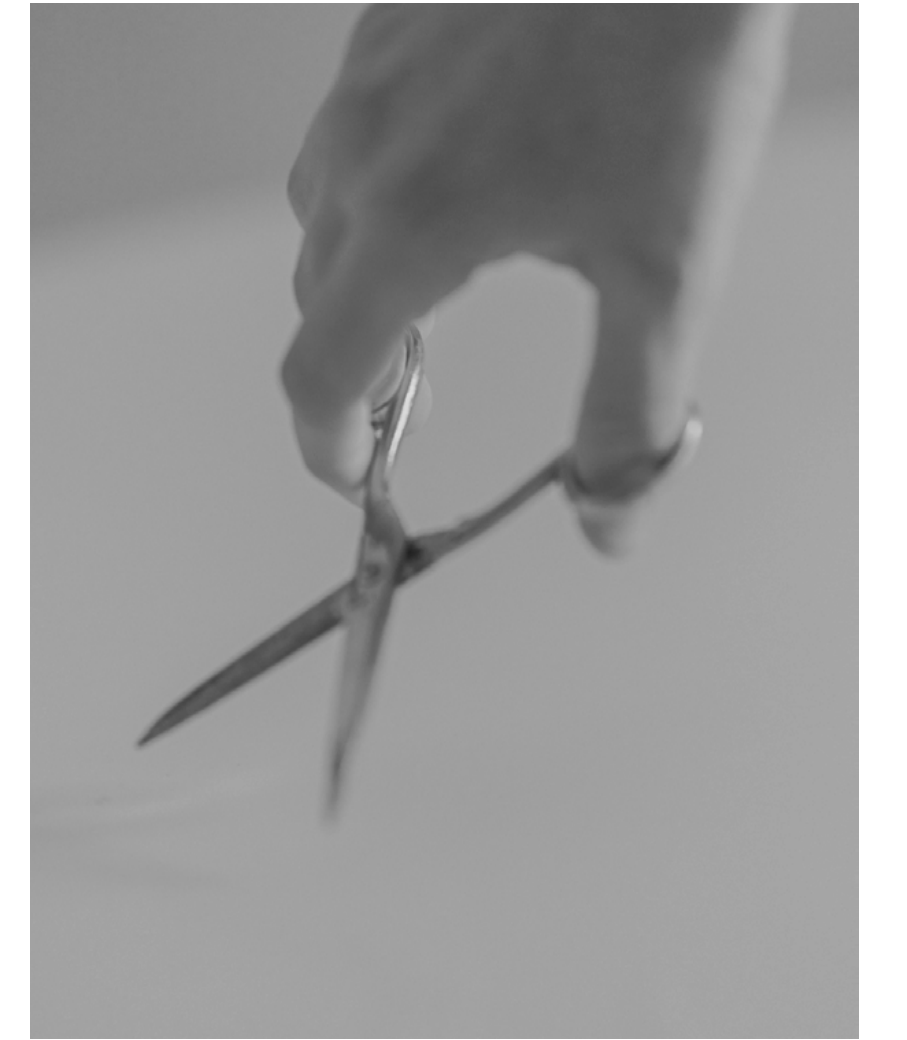


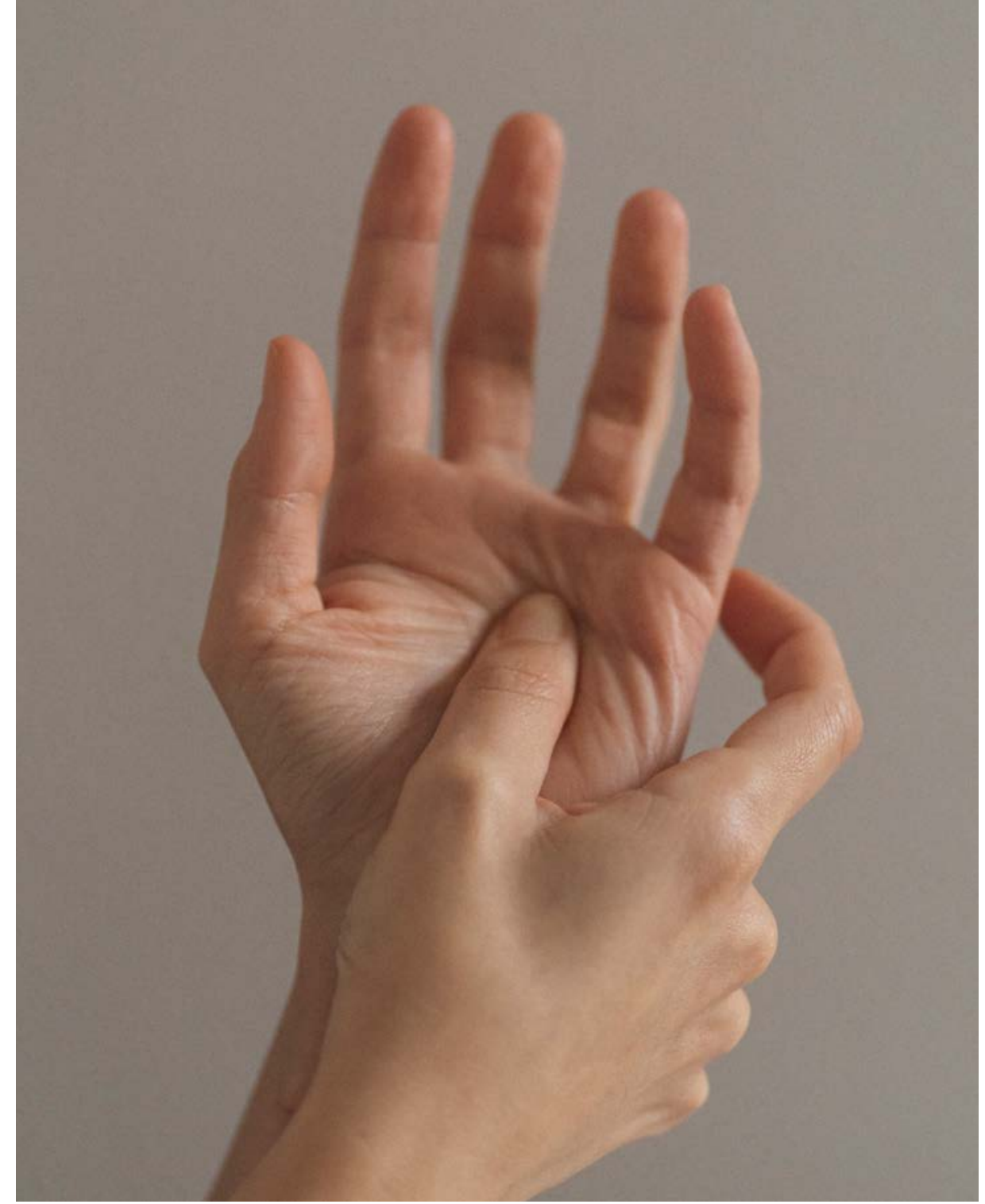
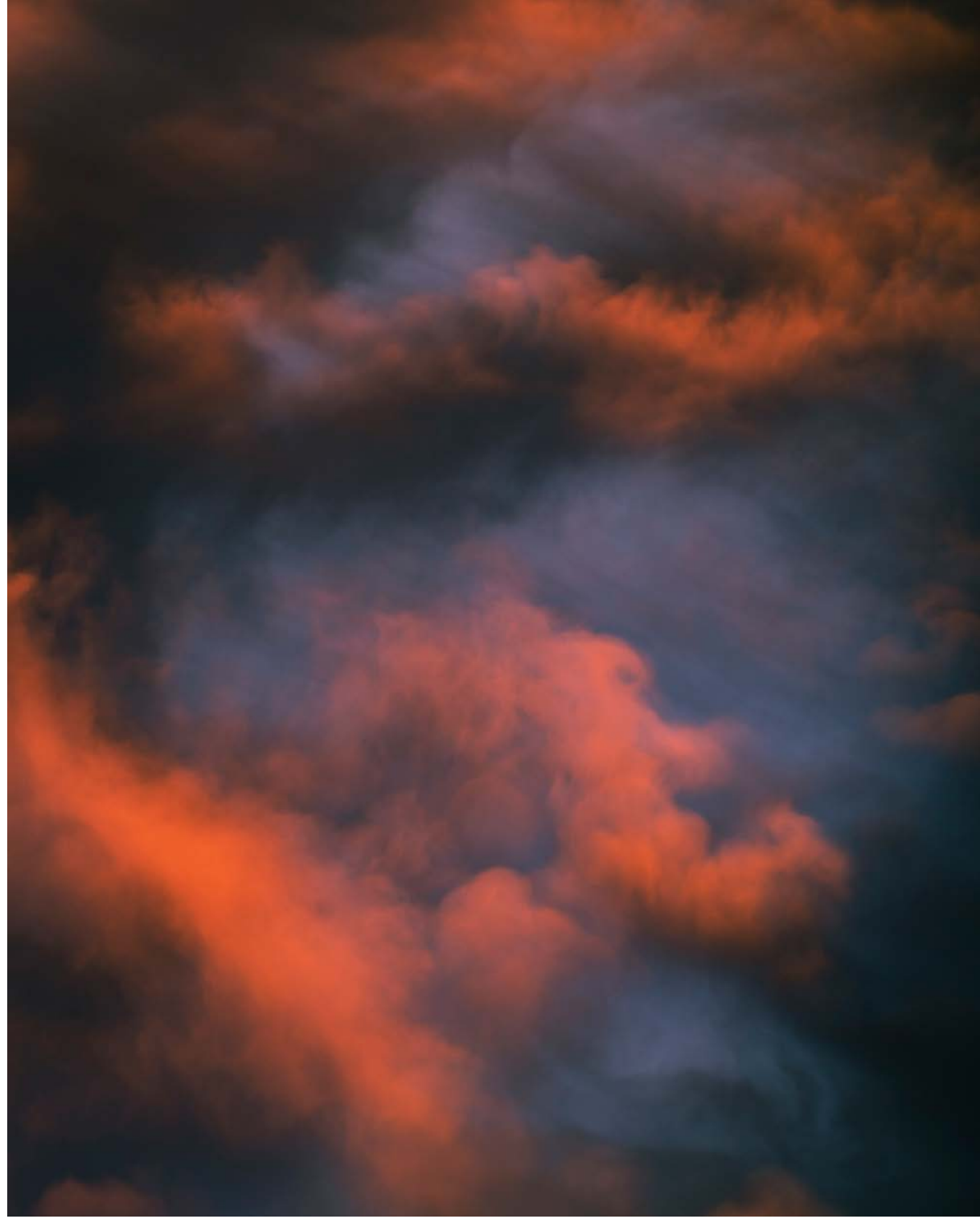
entablar una conversación
es como habitar una casa

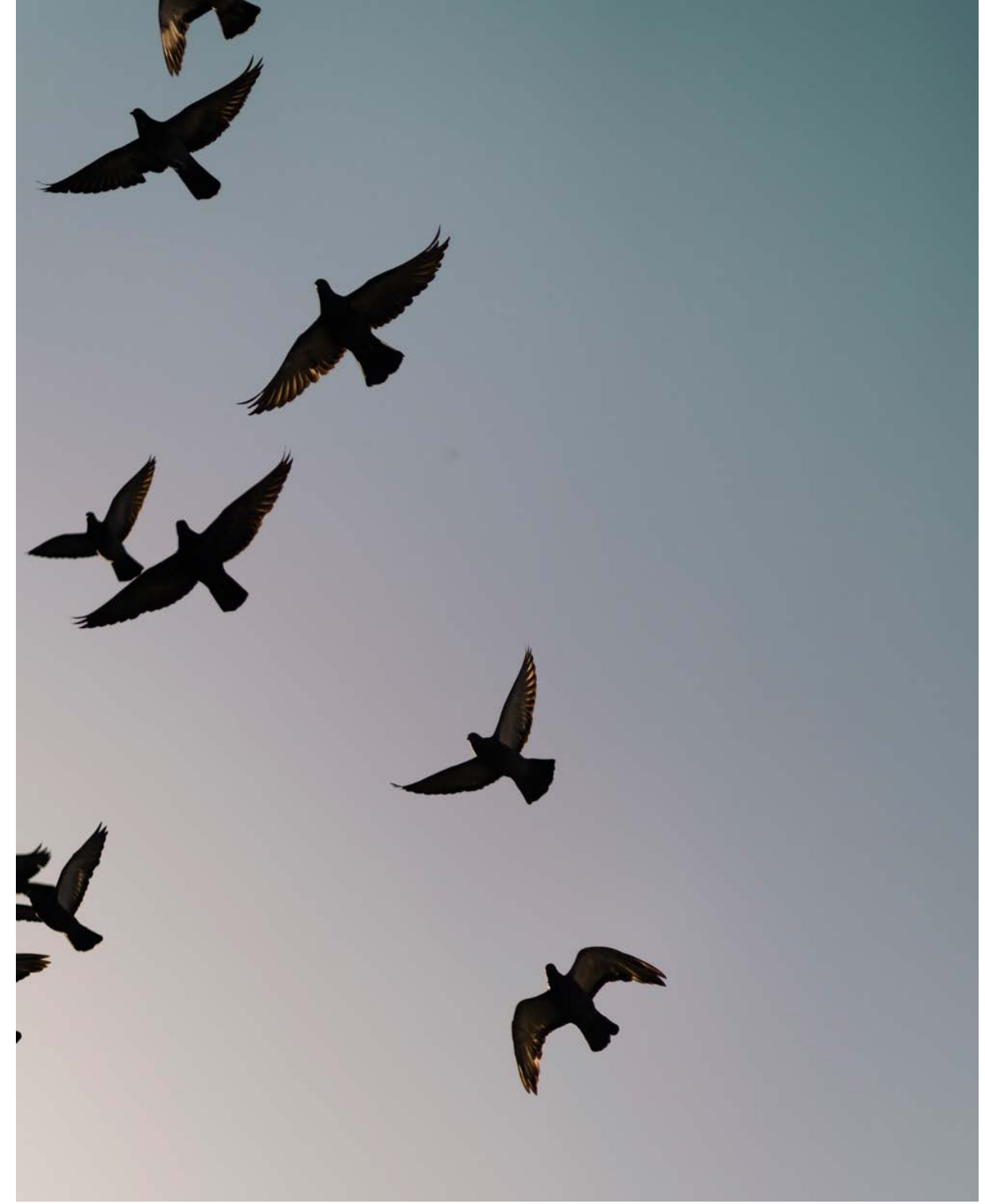


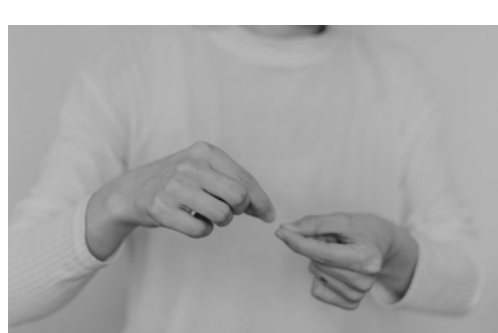
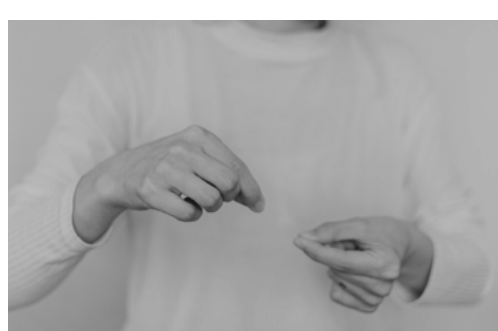
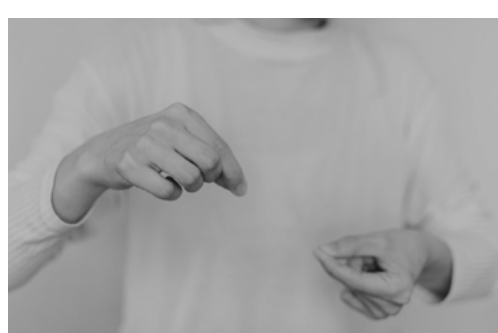
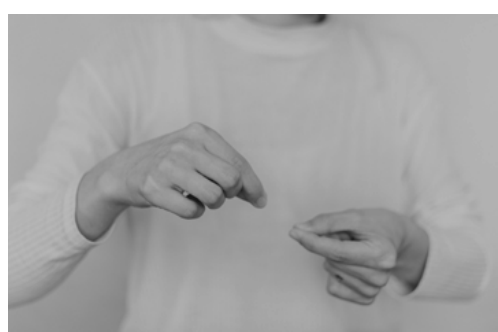
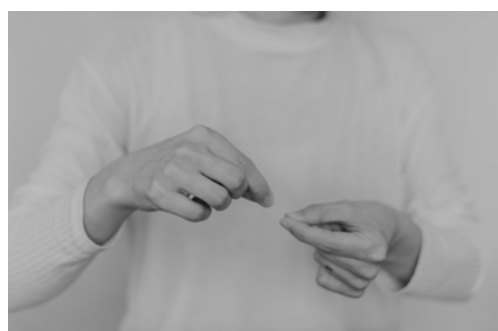


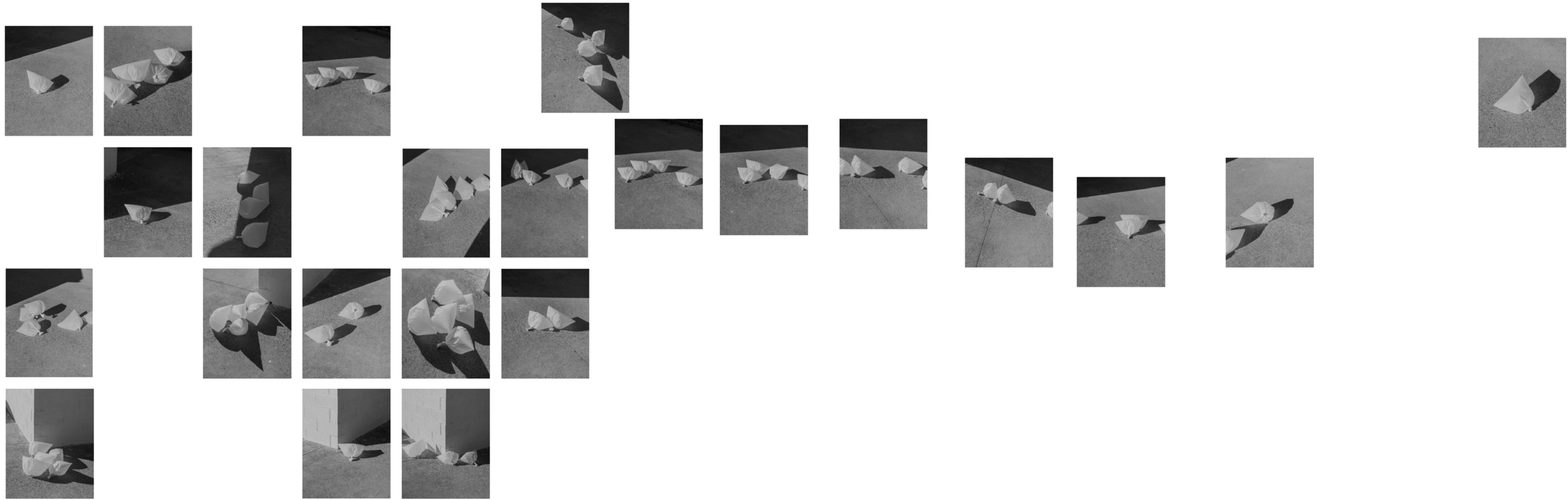


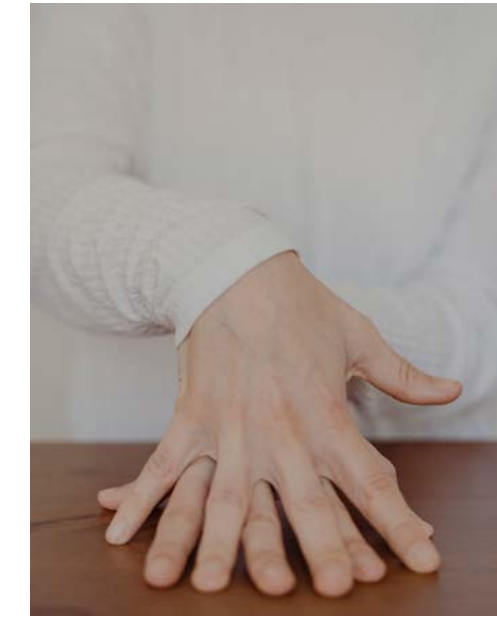
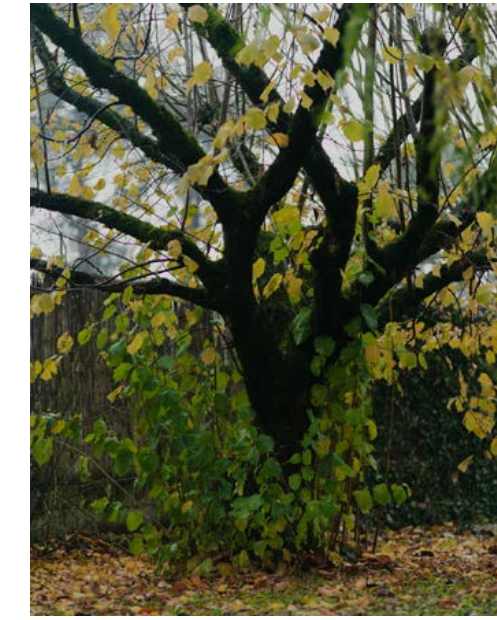


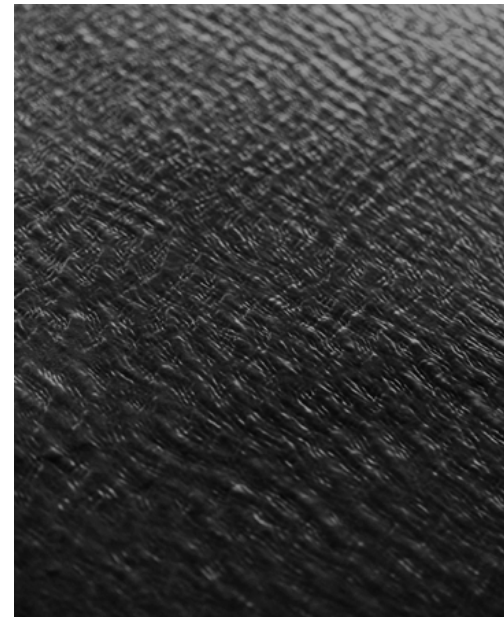


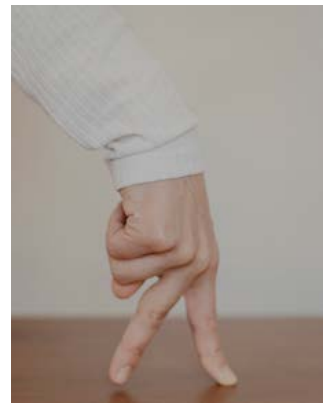
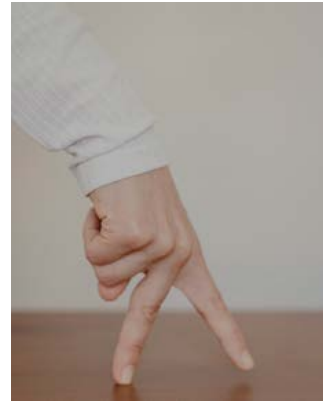












entablar una conversación
es como habitar una casa

Regresar a un lugar supone manejar la expectativa de lo que se espera encontrar a la vuelta, pero el tiempo y la distancia todo lo alteran: los silencios se transforman y las palabras toman direcciones obtusas. Tú tenías un hueco que ahora ya no existe y cuando lo buscas parece que hablas en una lengua extranjera. Necesitamos una nueva forma de entendernos.

Entonces, recuerdo que cuando se va a plantar un huerto es recomendable revolver primero la tierra. De esa forma, se descubren las capas ocultas y los sedimentos de las fricciones, aunque el peso de las cosas se incrementa. ¿Cómo sostengo todo esto? Tal vez inventando un nuevo idioma o quizás rebuscando en los lenguajes de las normas de los juegos. Si me alejo a un momento antiguo, ¡qué alivio de pronto! No hay que sostener conversaciones y habito únicamente de manera sensible. Pero esta ligereza también me asusta: el peso se ahueca y se vuelve insostenible. Lo que yo quería era poder medirlo para poder aguantarlo, para aprender a flexionar mi gesto y asumir (los cambios, los desencuentros, la desaparición, el olvido, la posibilidad). Pero si todo es demasiado ligero yo ya no puedo hacer nada y desaparece. Fíjate: un día dices “yo aquí no puedo estar”, y al siguiente se te agrieta el corazón pensando que un día no vas a poder estar aquí. En ese momento, me doy cuenta de que este nuevo lenguaje no es solo silencio y un cúmulo de gestos, sino que también hay algo que habla desde la memoria.

Entablar una conversación se parece a habitar una casa en el ímpetu por rellenar los silencios y el aire espeso. Yo lo hago torpemente: dudo, me envalentono, meto la pata, me entristezco, lo doy por perdido, retrocedo, alzo la voz, vuelvo a callarme... En este proyecto, fotografías y gestos dialogan con el entorno a varios tiempos: revolviendo un pasado idealizado, reaprendiendo a hablar en la dificultad del presente o recreándose en un posible futuro hueco. A través de ese desplazamiento temporal se va trazando una línea tensa de encuentros y desencuentros, frágil como una conversación, en la que los gestos aprenden a hablar (a veces de manera insistente y otras torpe, ilusa, frustrada o tierna) y hurgan en el vínculo, lo agitan, se dan de bruces, se agotan o se emocionan.